



Jorge Luis Rojas Domínguez

La leyenda de las de hormigas de estirpe andina Coraje - Traición – Masacre – Venganza – Redención - Absolución

Esta es una historia en la que una hormiga llamada Chaqui pierde a su madre, debido a una conspiración ejecutada en su contra, la de su madre, y efectuada por unas sanguinarias hormigas de estirpe colorada, quienes creían que su linaje era único, singular e incomparable. Pensaron que lo mejor que se podía hacer por el mundo era eliminar completamente a cualquier otra hormiga que no fuera como ellas, no tenían reparos, no importaba ni sexo ni edad de las víctimas, no había espacio para ningún tipo de conmiseración. En sus planes maléficos estaba incluido erradicar a la estirpe andina, a la que Chaqui y su madre pertenecían.

Este conflicto se produjo en la ciudad de la eterna brillantez del sol, en los alrededores del hormiguero Yanawasi, donde habitaba la gran familia Wayroncco-Chiri-Chiri, era un pequeño campo donde se apreciaban hermosas flores y donde emanaban los más agradables olores.

A un extremo de este paradisíaco jardín estaba el hormiguero, como líder y reina máxima de la colonia, estaba Mica; hormiga de gran coraje y bondad. Día a día, ella luchaba por el cuidado y la alimentación de los miembros de la colonia.

En este hormiguero existían unas hermosas criaturitas de usos y costumbres tradicionales, silvestres, puras. Para protegerlas, Mica siempre estaba vigilante, a diferencia de cualquier Reina Madre, se daba tiempo para vigilar ocasional y personalmente el hormiguero.

En vísperas de la noche oscura, Mica, la Reina Madre ingresa al hormiguero, debe participar del rito sagrado, consumir algunos trozos de las hojas andinas sagradas, esta planta la contacta con la madre universal, la Pachamama, pero es tan sagrada esta hoja que no debe ingerir más que la mitad de una hojita, eso es suficiente para que, junto a una vida santa y dedicada, se convierta casi en inmortal, pero si,

arrastrada por el impulso o el deseo, consumiese más, sin duda quedaría incinerada en el acto.

- Ya terminamos la gran ceremonia, dijo Mica, la Reina Madre, mientras iniciaba un paseo por la entrada del hormiguero.

- Por favor, tenga a bien descansar ya, Suprema Madre, le suplicó la hormiga asistente, Ariovaldo.

- Muchas gracias, Ariovaldo, pero despreocúpate, todavía tengo que meditar un poco antes de dormir, le contestó la abnegada Mica.

- No me agradezca, Mi Suprema, soy tan ínfimo que no merezco semejantes consideraciones de su parte. Los únicos que deben dar gracias somos nosotros, sus innumerables hijos, Mi Amada Señora, porque gracias a Vuestra Serenísima Merced, hoy en día estamos vivos y seguros.

- Querido Ariovaldo, te equivocas. La colonia es segura por la colaboración de todos nosotros, cada hormiguita, desde el lugar que ocupa, cumple una función infaltable e ineludible, solo eso nos hace fuertes y buenas, le contestó con mucho amor y suavidad, Mica.

- Agradezco mucho su divina bondad, Amada Suprema, añadió Ariovaldo.

Ambas hormigas se disponían a abandonar la entrada del hormiguero cuando repentinamente aparecieron las hormigas de estirpe colorada, quienes investidas de los poderes del inframundo atacaron a Mica con premeditación, alevosía y toda ventaja; en esos seres no existía el honor o cualquier otro valor de los seres buenos, Ariovaldo quedó devastado, los criminales mataban a su Amada Reina frente a sus ojos, vio exactamente cómo la mataron, cómo amancillaron su sagrado cuerpo con la lanceta del hedor mortífero, su muerte fue instantánea. Ariovaldo quedó atónito, estupefacto.

Por otra parte, estos diminutos nazis, las hormigas de estirpe colorada, habían organizado al detalle este ataque contra la realeza, estaban decididas a borrar de la faz de la tierra a las hormigas de estirpe andina, odiaban todo de ellas, su manera de hablar, su vestido, su olor, su comida, su mirada, sus mandíbulas, sus rasgos todos, sus costumbres, sus ritos y creencias, odiaban su mundo, su ser mismo.

Sin embargo, el maléfico plan de exterminio no se hubiera concretado, sin la pérfida e ingenua ayuda de Ariovaldo. Cuando su corazón andino pudo reaccionar frente a la muerte de Mica, ya era tarde, solo pudo decir, sobresaltado, al líder rojo:

– ¡Me prometiste que no la ibas a dañar!

– Cómo te atreves hablarle así a nuestro líder, respondió una hormiga colorada.

– Si no quieres ir al infierno, te sugiero que te disculpes cuanto antes ante el Supremo por haber cometido semejante barbaridad al hablarle de esa manera,

continuó la hormiga colorada.

– Oye bien lo que te voy a decir, ¡jamás, me voy a disculpar ante tu líder! Debí estar cegado por la ambición y el miedo al creer en sus ofertas y amenazas, qué ingenuo fui, formar una nueva colonia junto a él, qué locura, debí haber muerto antes de cederle información sobre la rutina de mi Amada y Venerable Señora, quién estuviese sepultado, porque muerto ya estoy yo.

Y dirigiéndose al líder rojo, le enrostró:

- Eres vil y falso. Me prometiste que no la ibas a dañar, que la dejarías libre. Sentiste satisfacción al asesinarla, eres despreciable, no tienes derecho a existir.

- Razón has de tener Ariovaldo, cometí un error al matar a la Santa Hormiga Amada, estoy muy arrepentido, quisiera compensarte con una buena noticia, respondió el aludido.

- ¿De qué se trata?, le contestó Ariovaldo con un poco más calma.

- Se trata de que te voy a mandar al mismo lugar en el que está el Rey de las tinieblas, pues nosotros no conocemos el perdón ni la misericordia, y menos si se trata de un traidor, ingenuo y ambicioso como tú, ja ja ja ja ja. ¡Mátenlo!

Al regresar al hormiguero, Chaqui nunca imaginó encontrarse con un cuadro tan aterrador, escalofriante, verdaderamente devastador. Ver a su Admirable Madre muerta, junto a más de los veinte cadáveres de sus hermanos andinos que todavía no habían sido arrastrados fuera por los exterminadores colorados. Chaqui sintió que le habían arrancado el corazón de su pecho de un solo manotazo, un dolor universal sobrecogía su alma, ya no sentía su ser como suyo, el dolor y la rabia le hicieron su presa.

- Juro por el nombre de mi Amadísima Madre, la Gran y Suprema Mica, que por todo este sufrimiento haré pagar con la vida a los responsables, no descansaré hasta que haya derramado hasta la última gota de sangre de toda hormiga colorada ¡Lo juro!

Cumpliendo con la promesa que se hizo, Chaqui, hizo todo lo posible por reclutar a todo ácaro, larva, hormiga o insecto cualquiera que estuviese dispuesto a ayudarle a concretar su venganza.

Estaba altivo frente a ese extraño ejército variopinto, miles de miradas caían sobre él, entonces habló:

- ¡Queridas hermanas y otros insectos!, por largo tiempo padecemos el terrible dolor del exterminio de nuestras familias, hemos sido testigos de cómo las hormigas coloradas arrasan con lo nuestro. Nos lo han quitado todo. Ellas se creen con el único

derecho para existir. Creen que nuestras vidas no tienen el mismo valor que cualquier otra. Esto no debe tolerarse. Urge poner punto final a sus delirios y dar término a los crímenes que día a día cometen. Por ello, propongo que tomemos venganza y exterminemos a las malvadas coloradas, es cuestión de justicia divina, es un imperativo. Quienes estén dispuestas a ejecutar esta venerable misión, síganme.

Al terminar con la arenga, armándose con harto coraje y poco pensar, aquella multitud de hormigas y demás insectos siguieron a Chaqui, todas solo tenían un objetivo, la vendetta.

Mientras aquella colonia colorada se encontraba tomándose un descanso de sus innumerables batallas, le cayó encima la noche andina, fría, gélida, mortal. Las andinas no dejaron piedra sobre piedra. Sus brazos fueron incansables en el exterminio, el tan solo recuerdo de cada familiar perdido las hacía más arremetedoras y feroces. Cientos de vidas quedaban sin aliento, ninguna esperaba redención alguna. Chaqui sentía que su corazón al fin colmaba su sed de venganza.

Minutos después, cuando creyeron haber erradicado por fin a todos los integrantes de esa raza maldita, encontraron un foso oculto. Al interior se encontraron hormigas coloradas en estado larvario, custodiados por una que fungía de madre.

Chaqui se vio a sí mismo, matándolas, se sintió despreciable, entonces lloró por todo el odio destilado en contra de las coloradas, lloró también por su madre y por todas las madres muertas, andinas y coloradas, entonces pidió perdón al universo, pidió perdón a su mismo ser. Luego supo que la única forma de lograr la absolución era educar a esas coloraditas en el amor y la bondad, diciéndoles lo valiosa que era la estirpe colorada y todas las estirpes. Así lo hizo el Gran Chaqui, aun a sabiendas que tarde o temprano todo podría empezar de nuevo, que cuando no se es razonable, el dolor nos hace entrar en razón.